

EL ÁRBOL QUIERE LA PAZ,
PERO EL VIENTO NO SE LA CONCEDE
(Proverbio chino)

Consuelo Marco Martínez

¿Por qué le llamaría la atención aquella abstracción conocida en el mundo entero? La cabeza alargada, maquillada su tez, su peinado exagerado y sus blancas manos sosteniendo un abanico. Utamaro, leíste al margen. ¿Por qué de repente pensaste que sólo serías capaz de pintar a las mujeres que amabas? Un olor a madera de sándalo impregnaba la austera habitación, cuya sensación de vacío te colmaba el alma. Un tatami cubría el suelo y en el centro se alzaba una mesa de laca; las puertas correderas y las ventanas de bambú sonaban al besarse. Un farolillo de papel tiritaba colgado graciosamente en un rincón. No aguantaré mucho tiempo sentado así, sobre los talones. Mientras un hormigueo recorría y paralizaba tu pierna, miraste al resto de los comensales, que parecían felices y satisfechos. La fritada de crisantemos dio paso a un pescado con algas realmente exquisito.

Tu ánimo quedó pronto en suspenso al contemplar la contención de sus ademanes y el recato de su mirada. La viste sumisa y digna, como comportándose de acuerdo a un profundo y delicado ritmo interior.

Contigo entreabrí un mundo nuevo, el mundo de la libertad. Antes sólo había sentido su cosquilleo cuando iba a ver las películas extranjeras, que a mi madre se le antojaban impúdicas y de mal gusto.

Cuando acaricié tus cabellos dorados, mi cuerpo por primera vez tembló.

Desde el octavo piso del Hotel Daichi en el centro del barrio de Shimbashi, contemplaste la noche, una primavera eléctrica de tubos de neón. Globos y farolillos de papel se columpiaban en lo alto. A tu lado, un folleto anunciaba los bares y cabarés abiertos. Pulsaste el botón de la radio y oíste una melopea que se te antojó insultante para los oídos. Reconociste el shamisen, la guitarra japonesa de tres cuerdas. Intentaste seguir el ritmo de aquella música, pero fue inútil. Apagaste la radio y en unos segundos caíste en el abismo del sueño.

Tus esfuerzos por comprender habían sido sinceros. Aquel mundo ajeno y hostil que tanto te atraía, te sumía en un desconcierto en el que jamás llegaste a orientarte. Pensaste en su absurda sonrisa.

Después de visitar algunos templos terminaste diciendo que eran todos iguales. En el teatro te aburrías y la música te parecía un aullido infernal. Te marchabas de la sala o salías a fumar al vestíbulo. Incluso llegaste a burlarte del croar de las ranas en el estanque...

Un día miró su mano. Tan sólo describía cinco o seis movimientos, siempre los mismos. Su abuela sabía hacer hasta doscientas ondulaciones distintas sólo con el dedo meñique. Otro día se levantó para ver salir el sol. Él seguía durmiendo. Ni siquiera comprendía el significado profundo de la lluvia. Y pensó que había llegado el momento.

Una gran tristeza y desencanto sacudió sus entrañas. Despertó y la vio pisar las estrellas mojadas del jardín. Nunca había amado tanto a una mujer. A ella hubiera podido pintarla.

Al sentirla marchar, inclinó la cabeza... y sonrió.

